

# La lectura, otra revolución



María Teresa Andruetto



La pregunta ya no es si se lee más o menos que antes, nos dice María Teresa Andruetto, sino qué podemos hacer para mejorar la calidad de los lectores. Cometido que no solo atraviesa a la familia y a la escuela como espacios para instalar la lectura y crear conciencia acerca de nosotros mismos, sino también a escritores y a editores que, desde su propia labor, construyen un tipo u otro de lectores al oponer o no resistencia ante la demanda de uniformidad en los modos de decir. En este sentido, sostiene Andruetto, la literatura es un espacio de desacato capaz de hacer que los lectores, en el transcurso de la lectura, sorteen riesgos, luchas, y se planteen todo tipo de preguntas.

En el acto de leer, propone la autora, un libro se convierte en un ser vivo, capaz de interrogarnos, perturbarnos y enseñarnos a mirar zonas aún no comprendidas de nosotros mismos. Y estos libros requieren también lectores capaces de dialogar con ellos, de comprender que la única libertad de pensamiento es la libertad que se construye. Esta es la revolución que debemos emprender en el terreno de la lectura. Con una mirada crítica, Andruetto traza en este conjunto de textos —la mayoría de ellos pronunciados en congresos, coloquios y otros encuentros sobre la literatura infantil y juvenil y la promoción de la lectura— diversos caminos a través de los cuales transitar para entender qué significa leer hoy en día.

## Índice de contenido

### Cubierta

### La lectura otra revolución

### Prólogo. Liminar

#### 1. La vida misma

#### 2. Mi casa

#### 3. Libros sin edad: acerca de libros, lectores, dádivas y puentes

Una niña lee libros para grandes

Una anciana lee libros para niños

Libros como dádivas o puentes

¿De quién y para quién es un libro?

Libro como fisura: puente hace la memoria de una lengua y de una comunidad

Un haiku de Issa

#### 4. En busca de una lengua no escuchada todavía

#### 5. Algunas aproximaciones a la poesía y los niños

#### 6. Libertad condicional

#### 7. La escena en el cuento

Los rastros de lo que era

#### 8. Elogio de la dificultad: formar un lector de literatura

#### 9. La lectura, otra revolución

La historia

La escuela

La literatura

#### 10. Leer, derecho de todos

1

2

3

4

#### 11. Que todos signifique todos, pero ¿qué es todos?

Por debajo de su obra

Por encima de los sueños

En la vida misma

## **12. Literatura y memoria**

Literatura y memoria

El arte de narrar

Vuelo bajo

Migrantes

Una navidad

El paraíso es un árbol

## **Bibliografía**

## **Sobre la autora**

## **Notas**

## |Liminar

**M**aría Teresa Andruetto, la única escritora latinoamericana ganadora del Premio Hans Christian Andersen, es autora de ideas revolucionarias. Es ella quien habla de que la literatura para niños no necesita adjetivos, y también quien advierte que para que esto sea una realidad patente, esta literatura debe exigirse a sí misma, sin concesiones, ir en contra de los lugares comunes: ser lo contrario de lo que se espera de ella, y «no para dar respuestas, sino para generar preguntas».

En este libro, Andruetto plantea una serie de interrogantes sobre el lenguaje, la memoria, la tarea de mediadores, escritores y maestros, y las convenciones que rodean al acto de leer y de escribir, pero también de publicar, pues hay libros que llegan a manos de lectores en los que el autor o el editor nunca pensó. Leída por adultos y jóvenes, y con obras consideradas *crossovers*, Andruetto sabe muy bien que hay una voz secreta y honda en la literatura, una voz que busca, sin prejuicios, a su lector.

En estos textos dedica un papel preponderante al mediador, quien puede ser capaz de comunicar mundos distantes. Por ejemplo, en su ensayo sobre la poesía y los niños, muestra algunos poemas dirigidos a adultos que, sin embargo, serían deliciosas experiencias para los más pequeños. Y ahí es donde se vuelve determinante la labor de un mediador de lectura, quien logra tender puentes donde no existía, aparentemente, ninguna posibilidad de conexión.

Decir que Andruetto nos cuestiona no es lo preciso, Andruetto nos desafía y nos invita a mirar desde otro ángulo. Esto es claro cuando habla sobre la dificultad de leer. A menudo se pondera un disfrute de la lectura que deja fuera su complejidad: la dificultad de enfrentarnos a textos que nos superan, que no comprendemos a la primera, pero que siembran una semilla que germinará inesperadamente en otro momento de mayor madurez lectora. Para superar esta dificultad es necesario que el mediador abra el camino también a esos textos difíciles, que no se conforme con que los lectores lean lo que sea, con tal de que lean. Hay que acercarles los mejores libros, si no lo hacemos, ¿cómo esperamos que rechacen un libro malo?

«Quitarle la magia a los programas de lectura», pide Andruetto, en un momento en que las iniciativas para crear campañas, organizar congresos y hacer encuestas se multiplican. Este llamado me parece importante porque viene de una mujer cuya primera vocación fue ser maestra y ha trabajado por años con niños y jóvenes en talleres de lectura y escritura. Su vida y su obra son testimonio del sentido social que puede tener el trabajo de un autor.

Comparto con ella la visión de que leer significa «recuperar la condición humana», de que es necesario ir más allá y proponer, junto con el gozo de leer y abrazar las palabras, una lectura crítica y transformadora. Por su experiencia como docente, Andruetto considera a la escuela como igualadora social, porque reduce la brecha entre los niños que provienen de hogares donde el libro está presente y los que no.

Andruetto también escribe sobre el autoconocimiento a partir de la creación literaria. La significación personal de lo que escribimos se alimenta de un bien común, señala, por eso se devuelve a la sociedad. El escritor como testigo, dueño de un olfato para seguir el rastro del mundo, y el escritor como imaginador que intuye lo que pudo haber sido. Una especie de bisagra o guardián del tiempo de las pala-

bras, alguien que testifica y transforma y presta a otros la voz que les falta.

El camino de la lectura es el de la libertad, pero en América Latina, el contexto abarcado por Andruetto, se trata de una libertad difícil por la gran desigualdad que hay en nuestros países. El derecho a la lectura no está garantizado para todos, por eso cobra mayor relevancia la concepción de la lectura como un bien público, un derecho que debe ser de todos. Andruetto recupera la reflexión sobre el tema de la inclusión en su conferencia «Que todos signifique todos, pero ¿qué significa todos?». Es cierto que la lectura no es lo que fue hace mucho: «posibilidad, privilegio y poder reservados a muy pocos», pero justamente porque hoy el acceso es mayor, aunque insuficiente, es pertinente volver a pensar qué significado y qué posibilidades tiene ese acto tan simple y siempre sorprendente que es acompañar a alguien en sus primeras lecturas.

Este libro reúne textos escritos por María Teresa Andruetto en distintos momentos y con diferentes propósitos, muchos de ellos pronunciados en congresos, coloquios y otros encuentros en torno a la lectura, los cuales han sido revisados y corregidos por ella con motivo de esta publicación. Como en sus obras de ficción, al leer estos ensayos queda la sensación de haber sido acogido en un hogar. La voz que nos recibe al calor de la hoguera nos habla, se vuelve rápidamente familiar y cercana. *La lectura, otra revolución* es una autobiografía emocional, intelectual y literaria de la escritora cordobense. Pasar de estos ensayos a buscar sus cuentos, sus novelas y su poesía, es inevitable.

Para nosotros, sus lectores, los pensamientos de Andruetto vienen con una advertencia o una promesa: «las puertas que se abren, traen consecuencias».

Socorro Venegas

## | La vida misma

**M**e crie en un pueblo de provincia, en un país de un continente que comparte casi en su totalidad una lengua. Pese a su abrumadora masividad, ya que se trata de la voz de más de quinientos millones de personas, la literatura de esta lengua ocupa un lugar en cierto modo periférico en la traducción a otros idiomas. Este castellano mío, cuna del barroco y el conceptismo, es y no es —como sabemos— una sola única lengua, sino múltiples variantes desarrolladas en España y en nuestros países latinoamericanos, mestizadas por los pueblos originarios y los aportes de africanos, europeos y asiáticos que —esclavizados, sometidos, aceptados o bienvenidos— impregnaron nuestros modos de decir y de pensar. Escribimos, ilustramos, editamos y construimos lectores insertos en una red de tensiones políticas, culturales, económicas... La riqueza consiste en vivir conscientes de nuestro lugar en el mundo, si queremos acercar los frutos de nuestra subjetividad al territorio de otros.

Vivir conscientes es también defender nuestra particularidad como individuos y como pueblos. Es muy fuerte la demanda de que los libros unifiquen sus asuntos y los usos del idioma, de que se vuelvan un poco neutros, pero la literatura busca en lo particular el palpitar de la lengua, su permanente inestable movimiento. Muchas veces me han dicho que mis libros son «demasiado argentinos», mas creo que es justamente ahí, en los matices de la lengua, donde reside el desafío de un escritor, su campo de batalla. Mientras más ahondamos en lo particular, mientras menos están-



dar es nuestra escritura, más difícil se vuelve su exportación. En mi caso esto se dificulta, porque algunos de mis libros han sido escritos desde las diferencias del castellano argentino en las diversas regiones de mi país, esto no porque yo quiera hacer un paneo por los modos de hablar de mi tierra, sino porque en uno u otro casos fue el narrador elegido quien me lo pedía. Imagino a un narrador e intento escuchar cómo habla; es él quien abre la puerta, quien me enseña el camino a seguir. He vivido el acto de escribir como una trinchera de la lengua, una defensa de lo más propiamente mío, un intento de capturar a ese animal hecho de palabras, en el deseo de encontrar allí algo para ofrecer a otros, el camino hacia el propio modo de decir.

Desciendo de emigrantes, es decir, de pobres y desterrados. Desde que recuerdo, y seguramente también desde antes, escuché historias de personas que habían llegado hacía muchos años a América, hombres y mujeres cuyos modestos episodios adquirirían relevancia en el relato. Fui criada por una madre a la que le gustaba contar y escuchar historias y por un padre que había dejado a su familia en Italia y reconstruía al infinito el largo viaje a Argentina, el encuentro con mi madre. Crecí en un pueblo de la llanura argentina, entre personas a la vez melancólicas y pragmáticas, en una familia con mucha apetencia de saber, en una casa donde siempre hubo libros y donde se contaba con muchos detalles el pasado de quienes habían estado antes; tal vez por eso me apasiona lo extraordinario que habita en la vida de cada uno de nosotros, lo extraordinario de la vida en sí misma.

Dentro de esa familiaridad con los relatos y los libros, en la idea de que había que saber un poco de todo para poder habitar en el mundo, recuerdo el momento en que descubrí, en la cocina de mi casa, en un libro muy de la época, que esos dibujos llamados letras podían unirse y formar palabras y que esas palabras eran los nombres de las cosas. No se trataba de literatura, era la vida misma que —supo-

nía yo— se presentaba de ese modo para todos, en todas las casas y en todas las familias. Años más tarde comprendí que no todos los niños tenían acceso a los libros y eso hizo que mi vida tomara cierto rumbo, el de trabajar en la construcción de lectores.

En qué tradición debe insertarse una escritora descendiente de europeos que se crio en un pueblo de un país latinoamericano, una mujer cuya madre jamás hubiera soñado que sus hijos fueran un día a la universidad, alguien que accedió a estudios superiores porque en su país existe la educación gratuita, la universidad pública. ¿En qué fuente beben los escritores para niños en nuestros países? Lo universal y lo local, lo latinoamericano y lo europeo, lo central y lo periférico, lo clásico y lo contemporáneo, lo destinado a niños y lo publicado para adultos nos agitan y nos azuzan en una red de tensiones, donde la mayor riqueza es el desacato, el desacomodo y el cuestionamiento, todos ellos propicios para la creación. Por eso la necesidad de liberar de ataduras y corsés a la literatura infantil, la importancia de centrarla en el trabajo con el lenguaje, tal como intenté decir en mi libro *Hacia una literatura sin adjetivos*, para dotar de sentido a aquella frase que, a comienzos de la recuperación democrática en mi país, mi generación comenzó a llevar a las aulas: «la literatura infantil es también literatura». Para que eso que decimos sea verdad, debe sortear sobreactuaciones, estereotipos y retóricas que pueblan tantos libros para niños; escrituras serviles disfrazadas con ropajes nuevos.

Escribo para comprender, o tal vez buscando ser comprendida. Camino de conocimiento para quien escribe y para quien lee, palabras que pueden despertarnos como a la durmiente princesa de uno de mis cuentos. Lo que escribimos es fruto de nuestro tiempo, de nuestra sociedad, de nuestra experiencia, no tanto por las peripecias que narramos sino principalmente por el uso del lenguaje donde se reflejan nuestras convicciones y contradicciones, nuestro

conocimiento y nuestra confusión. Es en las palabras donde se libra el combate, y es de palabras la grieta por donde se accede a una lengua privada en ese extenso mar de la lengua social, territorio de contrapoder frente a lo uniforme y lo hegemónico.

He buscado a lo largo de estos años quién sabe qué en distintos géneros, he lanzado botellas al mar de lectores diversos, siempre pensando que no hay espacios cerrados entre lo que interesa a niños y jóvenes y lo que le puede interesar a un adulto. No hay para mí muchas diferencias entre escribir para unos u otros, de hecho no pienso en los niños cuando escribo. Se trata más bien del deseo de mirar «desde los ojos de otro» una imagen que me interpela, que se resiste al olvido. Al escribir me enfrento a mis prejuicios, me pongo en cuestión y desearía que mi lector —por niño o grande que sea— se pusiera también en cuestión, se viera llevado a tomar una posición. La escritura proviene de un intenso mirar y escuchar; con la emoción como brújula, dependo de eso e intento mantenerme alerta porque muy a menudo algo me distrae o se empaña y pierdo el rumbo.

La historia del arte es también la historia de nuestra subjetividad, necesidad de compartir experiencias, dolores, alegrías o asombros con otros contemporáneos o futuros. Intentos de agregar algunas palabras al gran relato del mundo para alcanzar destellos o sombras de la condición humana. En cuanto a mí, me gustaría llegar al corazón de quien me lee, llevarlo a sentir y a pensar, porque contra el puro entretenimiento y el adormecimiento de la conciencia, la literatura nos propone una de las inmersiones más profundas en nosotros mismos y en la sociedad de la que formamos parte. Lo escrito se dirige a la sociedad de la que venimos, porque se construye con un bien social y se alimenta de los relatos que esa sociedad genera. La literatura se apropia de ese patrimonio común que es el lenguaje, y ese patrimonio regresa en algún momento para pedirnos que volvamos la cabeza hacia los otros, que miremos y es-

cuchemos con atención, con persistencia, con imprudencia, con desobediencia, no para dar respuestas sino para generar preguntas. Es la ligazón entre las condiciones de humanidad de una cultura y las formas que un escritor encuentra, lo que marca el camino de regreso a dolores sociales o personales antiguos que, en la alquimia del trabajo, lograron mutar en hondura, armonía o belleza, tal como nuestro admirado Andersen transformó miseria o desprecio en «La vendedora de fósforos» o «El patito feo». Se trata entonces del difícil camino hacia lo propio de quien escribe y de su sociedad, lo propio, eso que es también lo desconocido de nosotros mismos, la propia voz alimentada y sostenida por las voces de los otros. Así, buscando mi propia identidad en la historia de un muchacho que atraviesa el océano, la de dos niños cartoneros en una villa de emergencia, la de una niña que ansía vivir con su madre o la de una joven un poco extraviada —personajes adormecidos, íntegros o necesitados de amor—, estaba buscando de algún modo la identidad de mi pueblo; pero que ese camino me haya traído desde aquella periferia nuestra hasta esta Escuela Imperial de Londres y este Congreso de IBBY, para recibir este premio mayor, es algo que me conmueve y me sorprende, algo que todavía no alcanzo a comprender.

Leído en la entrega del Premio  
Hans Christian Andersen,  
Londres, 25 de agosto de 2012.

## | Mi casa

**E**l castellano fue la segunda lengua de mis padres. Mi mamá, hija de inmigrantes italianos, nacida en un pueblo de la Llanura, habló el piamontés hasta los seis años y aprendió el castellano cuando fue a la escuela. Mi papá lo aprendió poco antes de cumplir treinta años, en el barco que lo trajo a Argentina, en un diccionario de tapas de tela roja que conservo.

«Este país generoso recibió a tu padre», fue la frase persistente de mi madre para que nunca olvidáramos que éramos hijos de foráneos bien tratados en este lugar, por generosidad del país y de su gente, ya que aquí mi padre había encontrado refugio después de la guerra y del hambre, aquí había encontrado trabajo, compañera y razón de vivir, y también aquí nosotros, sus hijos, podíamos acceder a una buena educación. Frase repetida para que recordáramos que este país les había dado todo a quienes no eran de acá, aunque después, a lo largo de los años, me he preguntado muchas veces si, como sociedad, hemos dado también todo a quienes siendo desde siempre de aquí fueron tratados como migrantes, emigrados o expulsados sociales. Puse esa frase en un poema de *Kodak* que escribí luego de una visita de mi madre, en los noventa, cuando yo estaba muy enojada con el curso de nuestra vida social. Ahora que ese tiempo por fortuna ha pasado y que nuestro país vive otro momento histórico, resignifico aquellas palabras de mi madre en su sentido más pleno: el de vivir en un país que le abrió a la hija de un inmigrante sus casas del saber para que también ella pasara por ahí, y la conciencia de que eso

no es algo que suceda en todos los países ni en todas las construcciones sociales.

En el pueblo donde me crie —como seguramente en la mayoría de los pueblos de entonces— muy pocas personas habían cursado estudios universitarios. A todos los veíamos como pertenecientes a otro mundo, un mundo destinado a otro sector social; habitantes de otras geografías que, quién sabe por qué razón, se habían instalado entre nosotros. Ellos eran los que habían podido ver la zarza, sujetos de un saber capaz de arder sin consumirse, un saber que más tarde imaginé como una conciencia abierta hacia una mayor libertad. Fue por aquellos años, los sesenta, que la generación de mis padres, en el contexto de esos pueblos de provincia, ya con otras condiciones de vida diferentes de las de sus padres, comenzó a imaginar que sus hijos podían también ir a la universidad. Empleados de servicios, operarios, artesanos, trabajadores del asilo, personas que nunca habían imaginado para los suyos el acceso a estudios superiores, hombres y mujeres hijos a su vez de personas con economía de subsistencia, jornaleros, colchoneras, vendedores informales, veían en el acceso a la universidad la posibilidad del ascenso social de sus hijos. «El saber no ocupa lugar» o «El estudio es la única herencia que podemos dejarles» fueron algunas de las frases que escuchamos en nuestros años de formación. Así fue que al terminar la escuela secundaria, algunos de nosotros, unos pocos, tres o cuatro por curso, ciertamente privilegiados por algo más de holgura, por mayor apetencia de saber o por cierta pretensión de ascenso social, llegamos a esta casa, la Universidad Nacional de Córdoba. Nada de esto hubiera sido posible de no haberse tratado de este país y de su universidad pública, gratuita. Por momentos pareciera que estoy hablando de una prehistoria; lo es porque han cambiado mucho las comunicaciones, los modos de circulación entre los pueblos y las ciudades, el acceso a los libros, la cantidad de casas de estudios superiores, entre otras muchas cosas, y

sin embargo todo esto está contenido en el tiempo de vida de una persona.

Llegar a Córdoba, tener acceso a la universidad y recibir el impacto de sus bibliotecas, significó ciertamente ir desde la periferia al centro: el descubrimiento de un mundo de nuevos libros y personas, y de diversas líneas de pensamiento estético y político. La conciencia súbita de que el mundo estaba ahí, con sus necesidades, más allá de nosotros mismos, y al mismo tiempo con nosotros tan ahí, tan inmersos en él. De todos los impactos que recuerdo en aquel paso por los estudios de letras, el más intenso, el más indeleble, fue el cambio en el modo de leer, la construcción de una matriz de lectura de los libros y del mundo que se mantuvo definida en cada gesto hasta el presente. Yo había sido una lectora voraz, pero esa voracidad infantil no tenía que ver con la literatura; era la vida que —suponía yo— se presentaba de ese modo para todos, en todas las casas y en todas las familias. De manera que fue en la universidad donde aprendí que un escritor es expresión de la sociedad que lo contiene, que es una conciencia dialogando con el mundo, y aquí también descubrí que cada libro tiene un antes y un después, que lo escrito se sostiene en tradiciones, posicionamientos, estrategias de circulación y otras tantas cuestiones, y que todo eso se inserta en un complejo tejido de circunstancias —políticas, sociales, económicas— que construyen, destruyen, determinan, recuperan u olvidan. De modo que desde aquella universidad que transcurrió para mí entre el 71 y el 75, ya nunca más leí de otro modo sino entendiendo que la subjetividad de quien escribe y de quien lee son siempre caja de resonancia de lo social, y que toda palabra individual es un concierto de ecos y disidencias con esa palabra social.

Llegué a Córdoba con la ilusión de ser algún día profesora en mi propia universidad y, otra vez (porque la vida de cada uno es confluencia de lo individual y lo público), fue el contexto social lo que torció ese rumbo y me llevó hacia